

Chapultepec, que Alvarez no acometia, no pudo menos que lamentar que al frente de la caballería no hubiese estado un jefe intrépido; y el antiguo coronel D. Matías Martin de Aguirre, el valiente vizcaino que se habia distinguido antes de la independencía entre las tropas realistas mandando un escuadron de mejicanos llamado *Fieles del Potosí*, le escribia al general Bravo, desde el mineral de Catorce, con mas de setenta años de edad, lleno de indignacion y de tristeza al saber que no habia acometido la caballería: «¿Qué! ¿Se ha acabado la raza de aquellos valientes Fieles del Potosí?» No; la raza no habia muerto: existia la misma; y los escuadrones hubieran acometido con el mismo brío que distinguia á los valientes á quienes se referia el anciano coronel Aguirre, pero les faltó un jefe decidido y arrojado. La causal del general D. Juan Alvarez hubiera pasado á tener alguna fuerza si nadie, despues de haber manifestado él que no era transitable el sitio que le habia marcado el general Santa-Anna, lo hubiese cruzado; pero lejos de ser intransitable, pasó por él, á los pocos instantes, el mayor Sumner, á la cabeza de trescientos dragones, para marchar al encuentro de la fuerza de Alvarez y ofrecerle una batalla, que éste no aceptó. Entretanto, los soldados y guardia nacional que defendian los molinos, se defendian con notable heroismo.

1847. . El coronel de Mina, D. Lucas Balderas, hombre de una honradez proverbial, de un patriotismo á toda prueba, de un valor reconocido y dueño de una acreditada sastrería, se encontraba á la cabeza de su batallon de guardia nacional, resistiendo con denodado

aliento el tercero y formidable empuje que los norteamericanos hacian por apoderarse de los molinos. Herido de un pié al principio de la accion, no quiso retirarse del campo de batalla; por el contrario, despreciando su herida, siguió combatiendo con mas decidido ardor; y llevado en esta tercer acometida de su valor y entusiasmo, se adelantó demasiado hácia sus contrarios, y cayó sin vida, atravesado de una bala. Méjico perdió, con la muerte de D. Lucas Balderas, un digno ciudadano; la sociedad uno de sus mas honrados hombres; las armas un valiente y pundonoroso jefe, y sus hijos, que hoy ocupan un buen lugar en los buenos círculos por su ilustracion y finos modales, un excelente padre que supo darles productivas y honrosas carreras. El general D. Antonio Leon y el intrépido Echeagaray, á quien vimos en el primer ataque rechazar á los invasores y rescatar los tres cañones que llevaban por trofeo, oponian una resistencia tenaz á las numerosas columnas asaltantes. Igual entusiasmo y valor brillaban en el general D. Matías Peña, en el ilustrado oficial de ingenieros Colombres y en el coronel Cano, que se hallaban allí animando al combate á los soldados. Una lluvia de balas caia sobre los defensores de los molinos. De entre aquella lluvia de balas, una fué á herir al general D. Antonio Leon, que se presentaba en los sitios de mas peligro, y cayó gravemente herido. Pocas horas despues dejó de existir, dejando un nombre impecedero en la historia y un recuerdo de amor y de respeto, como lo dejó Balderas, en la memoria de sus conciudadanos. Pero no por la pérdida de estos dos valientes patriotas y de otro número considerable de intrépidos ofi-

ciales y soldados, desmayó el entusiasmo de los defensores de aquel punto. El coronel Echeagaray con su 3.º ligero, así como los jefes del batallon de Mina, resistian denodados á los asaltantes, que recibian á la vez un fuego mortífero de una pieza de artillería situada en la era, y que la dirigia el capitan Mendez, del 3.º ligero, en union del ayudante Martinez.

Los norte-americanos, comprendiendo que de la toma del molino dependia la victoria, hicieron un empuje desesperado, y llegaron hasta la puerta, acometiendo en gran número á los que defendian ésta, al mismo tiempo que desalojaban á los tiradores del 3.º ligero del acueducto, obligándoles á retirarse. Conseguido esto, los invasores pasaron al otro lado de la cerca, y cubiertos por un largo y crecido maizal que allí se encontraba, lograron penetrar por detrás de los edificios, derribando una puerta, que defendieron algunos soldados que allí estaban, con admirable denuedo. Dueños los invasores del edificio, y rodeadas de contrarios, las tropas que lo habian defendido emprendieron su retirada en buen orden, marchando el batallon de Mina por el maizal, y los restos del 3.º ligero, con su valiente coronel Echeagaray, por otro punto. El coronel Tenorio, que se habia manejado brillantemente y que se detuvo reuniendo á los últimos soldados que quedaban, cayó gravemente herido y fué hecho prisionero.

Entre los hechos dignos de elogio que se presenciaron en la accion que dejo referida, es notable el siguiente. Un oficial del batallon de Mina, llamado Suazo, recibió una herida mortal; pero queriendo salvar la bandera de su

batallon, hizo un esfuerzo supremo para levantarse, se ciñó la cintura con la expresada bandera, y vertiendo sangre y casi moribundo, logró llegar á donde estaba la reserva, evitando de esta suerte que los invasores pudieran ostentar como trofeo la bandera de su cuerpo. Las pérdidas sufridas por los norte-americanos para apoderarse del punto de los molinos fueron grandes. La defensa hecha por los mejicanos está elogiada por los documentos que respecto á las pérdidas sufridas por los invasores en ese solo punto, tuvo el ejército del Norte. De catorce jefes y oficiales que condujeron al asalto la columna, quedaron once fuera de combate.

1847. Una vez dueños del Molino del Rey, y forzada, por consiguiente, aquella parte de la línea de batalla, los norte-americanos situaron una bateria de cañones enfrente de las casas de los molinos, y echando á la vez mano de las piezas de artillería que acababan de caer en poder de ellos, dirigieron sus fuegos sobre la Casa Mata. El 4.º ligero y el 11 de línea, que, á las órdenes del general D. Francisco Perez, habian defendido tan brillantemente sus posiciones haciendo volver la espalda á sus contrarios, al verse ahora acometidos por todas partes, se resolvieron á hacer una defensa desesperada. Las columnas de los Estados Unidos se lanzaron unidas sobre aquella segunda posicion, envolviéndola completamente. Los defensores las recibieron con un fuego mortífero, lanzado de las azoteas, de las ventanas y parapetos con notable acierto. La lucha se trabó pocos instantes despues cuerpo á cuerpo, disputando palmo á palmo el terreno. El coronel mejicano D. Gregorio Gelaty se presentaba en los si-

tios mas comprometidos animando á sus soldados. En uno de aquellos momentos en que mas se distinguia por su valor, cayó muerto por una bala de fusil, disparada á quema-ropa. Su tropa, sintiendo la pérdida de su jefe, trató de vengar su muerte y se lanzó con mas ardor al combate. Pero aquella lucha era desigual. La caballería, á pesar del clamor general de los muchos espectadores que de lejos presenciaban aquel combate, se mantuvo quieta, sin dar carga ninguna contra los invasores. Deshecho por esta causa el centro y forzada del todo el ala izquierda de la línea, las columnas norte-americanas, destrozada la Casa Mata por la artillería que operó por el frente y por los flancos, lograron al fin apoderarse del edificio, obligando á la tropa, que tan heroicamente lo habia defendido, á retirarse con su digno general Don Francisco Perez, por los maizales que se encontraban detrás de la casa, llegando así á la calzada de la Verónica.

Esta fué la victoria alcanzada por los norte-americanos en la batalla del Molino del Rey. El hecho de armas, aunque desgraciado para las armas mejicanas, fué altamente honroso por el valor que en ella demostró la parte del ejército y guardia nacional que allí defendieron la honra de la bandera de Méjico. El mayor elogio que se puede hacer del buen comportamiento de los soldados mejicanos que defendieron la Casa Mata, está consignado tambien en los partes oficiales de los mismos norte-americanos en que dicen que «línea á línea tuvieron que conquistar el terreno». El historiador norte-americano Greeley dice que «los mejicanos se batian con el valor de la

desesperacion». En esa batalla, las tropas mejicanas que entraron en accion carecieron de general en jefe y obraron llevadas de su patriotismo, bajo el mando de sus respectivos jefes, que se habian propuesto vencer ó morir en los puestos que se les habia confiado. La causa que hubo para no hallarse el general Santa-Anna en ese combate, fué debida á que, esperando que el ataque lo emprendiesen los invasores por otro punto, se habia alejado para tomar todas las disposiciones que juzgase convenientes.

1847. Despues de haber dispuesto el dia anterior, como tengo referido, de una manera sumamente acertada la línea de batalla que, con disgusto de los inteligentes en el arte de la guerra, cambió, en gran parte, al oscurecer, se dirigió á Méjico, donde pasó la noche. Al rayar la luz primera del siguiente dia, persuadido de que el ataque principal lo emprenderian los norte-americanos por la puerta ó *garita* de la Candelaria, se dirigió á este punto, al frente del batallon del 1.º ligero. No bien llegó á la expresada puerta de la ciudad, cuando escuchó desde ella el fuego de cañon con que habia empezado la lucha en el Molino del Rey. Santa-Anna, anhelando llegar pronto al sitio del combate, dispuso su tropa y se puso en marcha para el teatro de la accion. Pero por mucha prisa que se diese, no pudo llegar al lugar deseado sino despues de las nueve de la mañana, hora en que todo habia terminado ya y en que era de todo punto imposible reparar el desastre.

En la calzada de Anzures se encontró con el coronel Echeagaray, que, despues de haberse batido con el denuedo que deajo mostrado, se retiraba, llevando dos cañones

que habia logrado salvar en la tenaz lucha de los molinos. Santa-Anna intentó que se resistiese de nuevo á los norte-americanos, que continuaban avanzando, pero fué imposible: las columnas invasoras se encontraban casi encima de los fugitivos, y fué preciso abandonar las dos piezas y retirarse á Chapultepec, desde cuyo cerro se hacia un fuego certero de cañon sobre las tropas de los Estados Unidos que se hallaban dueñas de la Casa Mata. Una bomba dirigida desde el castillo de Chapultepec, incendió el depósito de pólvora del referido edificio, matando al teniente de ingenieros norte-americano Amstrong. Algunas partidas de invasores, embriagadas con el triunfo alcanzado, separándose de sus columnas, intentaron penetrar en el bosque de Chapultepec, pero se tuvieron que alejar por el fuego que sobre ellas hicieron los batallones de San Blas y Querétaro. Terminada la accion, los norte-americanos, dueños del campo disputado con noble heroismo, recogieron sus heridos y sus muertos, y volvieron á su cuartel general de Tacubaya.

Este hecho de armas costó al ejército invasor, segun los partes oficiales de los mismos norte-americanos, muy cerca de ochocientos hombres. Las pérdidas de los mejicanos fueron tambien numerosas. En los Estados Unidos se dice que en esta batalla se componia el ejército mejicano que entró en accion, de catorce mil hombres, y que la mandó el general Santa-Anna en persona. Ambos asertos son falsos. Las fuerzas que verdaderamente combatieron no fueron mas que las compuestas de los cuerpos que he mencionado al hablar de los defensores de los molinos y de la Casa Mata, auxiliados, los del primer punto, por el

3.º ligero al mando del coronel Echeagaray. Con respecto al general Santa-Anna, manifestado dejo que, á pesar de 1847. su empeño, y por haber acudido antes á la puerta de la Candelaria, por donde creia que atacarian los norte-americanos, no pudo llegar á donde realmente fué la accion, sino despues de terminada ésta. La verdad histórica exige, por lo mismo, que repitamos que en el hecho de armas del Molino del Rey las tropas mejicanas carecieron de general en jefe: que la batalla se redujo á los esfuerzos aislados que cada cuerpo atacado hizo sin que nadie acudiese en su auxilio y sin que hubiese una cabeza encargada de la combinacion del conjunto indispensable para alcanzar un resultado feliz.

La accion del Molino del Rey no proporecionó á los invasores todos los bienes que de ella se habian prometido. El general Scott dispuso el ataque de los molinos y de la Casa Mata, creyendo que en los expresados edificios existia un material considerable de guerra, del cual anhelaba apoderarse para quitar todo recurso de defensa á la capital de Méjico; pero nada de lo que esperaba se encontró en ellos. El resultado, pues, no correspondió á los sacrificios hechos por el ejército invasor, que volvió á su cuartel general de Tacubaya despues de enterrar sus muertos y de recoger sus heridos; y los generales Scott y Worth tuvieron, despues de la batalla, un vivo altercado que dió por resultado el que el primero privase mas tarde del mando al segundo, y de que éste acusase á aquél al Gobierno de los Estados Unidos.

Poco despues de que los norte-americanos volvieron á su cuartel general establecido en Tacubaya, las fuerzas

mejicanas hicieron un reconocimiento del campo, y ocuparon de nuevo, aunque por un instante, las posiciones de donde habian sido desalojadas, pero sin que hubiese intencion ninguna de volverlas á fortificar y defenderlas. Aquel reconocimiento y el haber permanecido instantáneamente en el sitio en que fué el campo de batalla, fueron, en mi concepto, un medio de que quiso valerse el general Santa-Anna para mantener vivo el entusiasmo de la ciudad, procurando hacer creer que la victoria no habia sido de los invasores. Para juzgar que ésta fué la intencion del general Santa-Anna, descansa mi presuncion en el hecho de haber publicado este general una proclama en que aseguraba que habia conseguido sobre los norte-americanos un triunfo completo, y que la accion la habia dirigido él mismo. Esta proclama, que fué enviada á todos los gobernadores de los Estados de la república y que circuló con profusion por todas partes, produjo un efecto maravilloso. La noticia se celebró con grandes iluminaciones y repiques fuera de la capital, y en esta misma se echaron á vuelo las campanas, y las músicas de los regimientos tocaron diana en todos los cuarteles para celebrar el triunfo alcanzado en Molino del Rey. Los habitantes de Méjico que habian presenciado la accion, criticaron que se echase mano de un engaño que desnaturalizaba los hechos, pero muchos militares admitian como conveniente el ardid para mantener alto el espíritu del soldado. Yo, segun mi conciencia, creo que la verdad

1847. debe únicamente asentarse en los partes de un general en jefe si en algo aprecia su reputacion, y si aspira á la justa pretension de que jamás se dude de su

relato. El general Santa-Anna no tenia necesidad, en mi concepto, de recurrir al medio de que se valió para entusiasmar á su ejército. Los soldados mejicanos se presentaban siempre con la misma decision y valor. Para ellos no habia anteriores desgracias ni cansancio. Siempre entraban en accion con el mismo entusiasmo que hubieran manifestado despues de grandes victorias. Por otra parte, la batalla del Molino del Rey, aunque desgraciada por falta de direccion, fué altamente honrosa para las armas mejicanas y podia presentarse como un hecho glorioso que enaltecia el valor de las tropas.

El Ayuntamiento de Méjico, que habia comprendido todo el mérito contraido por los combatientes de aquel dia en defensa de la patria, se reunió pocos momentos despues del honroso cuanto desgraciado combate, y en cabildo extraordinario acordó, el mismo dia 8 de Setiembre, que «se declaraba que *habian merecido bien de la Municipalidad* todos los individuos que habian muerto y murieren en defensa de la capital y de los derechos de la nacion: que se colocarian los cuadros en el salon de sesiones del Ayuntamiento, en los que respectivamente constasen los nombres de los señores jefes, oficiales y soldados de la guardia nacional, y de los señores generales, jefes, oficiales y soldados del ejército permanente que habian sacrificado y sacrificasen su vida en defensa de la misma capital y de los intereses nacionales: que el Ayuntamiento, concluida la presente lucha, promoveria se hiciesen unas honras solemnes en sufragio de los que hubiesen sucumbido sosteniendo la independenciam y nacionalidad de la república: y que el mismo cuerpo se reservaba pro-

mover y acordar, á su tiempo, la recompensa que habia de darse á los individuos de la guardia nacional del distrito, y á las familias de esos mismos que, perteneciendo á dicha guardia, pudiesen en la actual contienda».

1847. El general Scott, despues de la accion, cuyo triunfo fué tan costoso para su ejército, permaneció por tres dias sin dirigir ningun otro ataque sobre la línea mejicana, aunque disponiendo lo necesario para emprenderlo. Desde el dia 8 hasta el 11 no hubo ni el mas ligero suceso de importancia; y al ver que no era atacado el cerro de Chapultepec, como se habia creido que lo fuera al siguiente dia del hecho de armas que referido queda, los militares mejicanos llegaron á sospechar que el general norte-americano habia concebido un nuevo plan, cambiando, en consecuencia, su base de operaciones. Santa-Anna, por su parte, no descansaba un solo instante: su actividad no tenia ejemplo: apenas rayaba la luz del dia, se levantaba, montaba á caballo y recorria todas las puertas de entrada de la ciudad, llamadas *garitas*, y todas las fortificaciones, cuidando de que se hiciesen las obras necesarias y de que nada faltase para recibir al enemigo. El órden de la línea mejicana era el siguiente. A cosa de media legua de la ciudad se levantaba el llamado castillo de Chapultepec, sobre el cerro del bosque del mismo nombre. Este castillo, que era un vasto edificio que en tiempo de la dominacion española habia servido de sitio de recreo á los vireyes y que en los momentos de la invasion norte-americana estaba destinado á colegio militar, no reunia las condiciones que deben concurrir en una fortaleza. Pero Chapultepec era, por

decirlo así, la llave de la ciudad, y se trató, por su posición ventajosa, de ponerle en estado de resistir el choque de los invasores. Al efecto se hicieron las obras de fortificación que se juzgaron necesarias, construyendo en el perímetro del Jardin Botánico un sólido parapeto; trescientas varas de un andamio que debia rodear interiormente el muro que cerca el bosque, á fin de que desde él pudiesen los defensores estar á cubierto de los invasores y hacer fuego sobre éstos, andamio que no se pudo terminar; una flecha que enfilaba la entrada al Sur; otra al Oeste, y la tercera en la glorieta que se encuentra al pié del cerro. Por el punto donde se suponía que, en caso de entrar, pasarían los asaltantes, se hicieron seis fogatas ó minas pequeñas para hacerlas volar en los momentos precisos. De estas fogatas ó minas, solo llegaron á cargarse tres. La parte del edificio que se conocia con el nombre de dormitorios, se resguardó con blindajes; se rodeó con sacos de tierra el perímetro del expresado edificio; y hácia el Sur, en la primera escala plana, así como en la glorieta que se encuentra entre las dos rampas, se levantaron sólidos parapetos. El número de cañones que contaban todas estas fortificaciones era corto, puesto que se componia de un obús de á 68, de dos piezas de á 24, de otra de á 8, y de tres de campaña de á 4. Las obras exteriores de fortificación levantadas para hacer mas defendible Chapultepec, consistian en un hornabeque construido en el camino que conduce á Tacubaya; en un parapeto que defendia la puerta que da entrada al bosque; en una flecha que se construyó en el muro que rodea aquel en el lado del Sur, y en un foso de ocho va-

ras de ancho y de tres de profundidad con que se trató de cercar todo el bosque, pero que solo quedó hecho en un corto espacio. En el castillo de Chapultepec se hallaba de jefe el general D. Nicolás Bravo, y de segundo D. Mariano Monterde. Mas tarde fueron enviados al mismo punto los generales Perez, Noriega y Dosamantes. En la puerta ó *garita* del Niño Perdido, que estaba perfectamente fortificada y que se enlazaba con la de San Antonio, estaban situados los cuerpos de la guardia nacional, y se veían en ella dos cañones de campaña. La de San Antonio contaba con seis piezas de artillería de grueso calibre, además de cuatro pequeñas que tenía la fortificación de la calzada, y con excelentes obras de resistencia. Este punto estaba mandado por el general Don Mariano Martinez. En la línea de la puerta de San Cosme á Santo Tomás, de que estaba encargado el general Don Joaquin Rangel, habia un cañon de á 12, otro de á 8 y un obús de á 24. De la puerta de Belen tenia la defensa el general Terrés, y era su segundo el coronel Don Guadalupe Perdigon Garay. En este punto habia un cañon de á 8, y por el lado de los arcos del acueducto, otro tambien de á 8 y uno de á 6. En la puerta de Vallejo, así como en las de San Lázaro y Guadalupe, no habia artillería ninguna, ni mas fuerza de tropa que algunos insignificantes destacamentos de infantería. En la fuente de la Victoria, que se eleva en medio del paseo de Bucareli, lo mismo que en la calzada que se prolongaba entonces del expresado paseo á la arquería y convento de San Fernando, se habia colocado un cañon. La caballería estaba situada en el rumbo de Tacubaya y en la hacienda

de los Morales, en observacion de los movimientos del ejército invasor. Los puntos principales por donde se creía que atacasen los norte-americanos la ciudad, estaban bien guarnecidos; y una respetable fuerza de reserva, pronta á acudir al sitio conveniente, se hallaba pendiente de las órdenes del general Santa-Anna.

1847. Los norte-americanos tenían, como queda dicho, su cuartel general en Tacubaya. En el arzobispado de la expresada poblacion, y que hoy está convertido en colegio militar, residia el general Scott; y en las casas de los particulares se habia alojado la brigada del general Worth. En el pueblo de Coyoacan estaban acampadas las divisiones de Quitman y Pillou. Parte de la caballería, á las órdenes del coronel Harney, ocupaba Mixcoac, donde tenían á los prisioneros de guerra, mientras la otra cuidaba el flanco y retaguardia de la línea invasora. Enfrente de las puertas de la Candelaria, San Antonio y del Niño Perdido, tenían colocados fuertes destacamentos de infantería y caballería, y habian establecido dos baterías, una de seis piezas de ligero calibre y otra de igual número, pero de cañones de sitio. En San Angel estaba situada la retaguardia y reserva, á las órdenes de los generales Smith y Twiggs.

Así llegó el dia 11 de Setiembre, aniversario, para los mejicanos, de la capitulacion de Barradas en Tampico. El general Santa-Anna celebró aquel acontecimiento pasando revista á una parte de la guarnicion en un punto situado entre las calzadas de San Antonio y la Candelaria. El general Tornel, que era hombre muy dedicado á las bellas letras y á la historia, repartió una entusiasta